

Bosque oscuro

La tarde era tranquila, casi como una pintura detenida en el tiempo. Delia caminaba despreocupadamente entre los árboles, siguiendo mariposas imaginarias mientras el canto de los pájaros la envolvía en un aire de inocencia. La pequeña se había separado de su grupo sin darse cuenta, absorta en su propio mundo de hojas crujientes y ramas juguetonas. El sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de un naranja cálido que lentamente se desvanecía hacia el púrpura.

Pero no tardó en notarlo: se había perdido.

Giró sobre sus talones, buscó con la mirada algún sendero conocido, un indicio, una voz, una señal. Nada. Sólo árboles, sombras y el crujido lejano del bosque. Su corazón, antes tranquilo, comenzó a latir más fuerte. El viento soplaba con un tono distinto, más frío, más denso.

El crepúsculo cayó como una cortina. Todo se tornó oscuro.

Delia empezó a caminar con pasos inciertos. Sus zapatos tropezaban con raíces que no veía, sus manos temblaban al rozar ramas desconocidas. No podía distinguir si lo que escuchaba eran animales o ecos de su imaginación. Fue entonces que lo sintió.

Una presencia.

Los ojos del lobo brillaban desde la penumbra. No eran ojos comunes, sino faroles encendidos por el hambre y la malicia. Su cuerpo, enorme y delgado, emergía entre los arbustos sin hacer ruido, como una sombra viva.

Delia retrocedió instintivamente, su aliento se cortó. El lobo no rugía, no ladraba, sólo observaba. Eso era peor. Sentirse mirada por una criatura que no mostraba miedo ni apuro.

Entonces, él dio un paso.

Amenazada, comenzó a correr.

El bosque se desdibujaba frente a sus ojos. Las ramas le arañaban el rostro, el suelo era un campo de obstáculos invisibles. Corría con todo el miedo que un cuerpo pequeño podía sostener. Pero el lobo no parecía apresurarse; avanzaba con paciencia, como si disfrutara del juego.

Un mal paso. Un tropezón brutal. Delia cayó de rodillas y se arrastró por el suelo antes de detenerse en el barro. Se hizo un silencio abrupto. Ya no escuchaba pasos tras ella. Ni gruñidos. Ni el viento.

Y comenzó a llorar.

Su llanto era más que miedo: era la soledad de no saber si alguien la buscaba, la certeza de que nadie podía escucharla. Pero entonces, como un milagro entre lágrimas, escuchó una voz.

—¿Hola? ¿Quién está ahí?

Era otro niño, o eso parecía. Una voz joven, un tono humano, una chispa de esperanza. Delia se levantó como pudo y se encaminó hacia la dirección del sonido, aunque la oscuridad lo devoraba todo. Sus pies chapoteaban en el barro húmedo. Estaba cerca. Lo sentía.

Pero entonces escuchó un rugido.

Un rugido desgarrador, salvaje, inhumano.

La voz del niño cesó abruptamente.

Delia corrió desesperada y lo encontró... pero era tarde. En el claro, bajo la tenue luz de la luna, el lobo se erguía sobre el cuerpo del infante. No era una imagen de cuento: era cruda, cruel, definitiva.

El lobo la miró de nuevo.

No esperó más. Corrió sin dirección, sin aliento, sin pensar. Sólo sabía que debía alejarse. Y entonces, como una aparición en medio de la nada, vio una estructura: una cabaña abandonada, cubierta de musgo y olvido.

Se abalanzó hacia ella. Abrió la puerta con violencia y se encerró.

Dentro, la oscuridad no era menos aterradora, pero al menos era un refugio. Buscó con las manos temblorosas algo que pudiera servirle: un cuchillo, una linterna, cualquier cosa. Pero sólo encontró papeles viejos, húmedos... y cerillos.

Y entonces lo comprendió.

Era su única salida.

Buscó una rama fuera de la cabaña. El bosque parecía contener la respiración. Tomó una, la envolvió con papel. Las cerillas temblaban en sus dedos. Intentó encender una, se apagó. Otra, también. El miedo le robaba la precisión.

Entonces escuchó pasos.

El lobo, a lo lejos, caminaba con lentitud. Sabía que ella estaba ahí. No tenía prisa. Disfrutaba del momento. La tensión crecía como el humo de una llama que no terminaba de nacer.

Delia le metió más carrilla al asunto. Rompió más papel, sopló con fuerza, frotó la cerilla con tanta furia que le raspó el dedo. Finalmente, una chispa. Una llama pequeña, viva, temblorosa como su corazón.

La antorcha encendió.

El lobo estaba cerca. Muy cerca. A unos pasos.

Delia lo miró a los ojos y alzó la antorcha. Gritó. No un grito de terror, sino de rabia, de vida. La criatura dudó. Dio un paso atrás. Pero era tarde.

Las llamas lo tocaron.

El lobo aulló. Un sonido que estremeció a todo el bosque. Su pelaje ardía, y en su desesperación, corrió en círculos, derribando ramas, tocando árboles con fuego. El bosque, seco por los días sin lluvia, tomó la chispa como una invitación.

Todo comenzó a arder.

El cielo se tiñó de rojo. Las ramas crujían, las hojas estallaban como papel. Delia intentó correr. Su cuerpo estaba agotado, pero su instinto era más fuerte. El fuego la perseguía como lo hizo el lobo. Ahora no había lobo. No había nadie. Sólo ella... y el fuego.

Tosía. Gritaba. Corría.

La cabaña colapsó detrás de ella. La salida se volvió humo.

Y entonces... no pudo más.

El calor la envolvió. No el de la antorcha, no el de un hogar. El calor del final. Sus piernas fallaron. Cayó una vez más. Vio el cielo por última vez, entre ramas ardientes y cenizas. El aire era irrespirable. Sus ojos se cerraban.

El bosque rugía con las llamas del castigo. Y Delia, pequeña y valiente, fue absorbida por ellas.\

La tarde era tranquila, casi como una pintura detenida en el tiempo. Delia caminaba despreocupadamente entre los árboles, siguiendo mariposas imaginarias mientras el canto de los pájaros la envolvía en un aire de inocencia. La pequeña se había separado de su grupo sin darse cuenta, absorta en su propio mundo de hojas crujientes y ramas juguetonas. El sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de un naranja cálido que lentamente se desvanecía hacia el púrpura.

Pero no tardó en notarlo: se había perdido.

Giró sobre sus talones, buscó con la mirada algún sendero conocido, un indicio, una voz, una señal. Nada. Sólo árboles, sombras y el crujido lejano del bosque. Su corazón, antes tranquilo, comenzó a latir más fuerte. El viento soplaba con un tono distinto, más frío, más denso.

El crepúsculo cayó como una cortina. Todo se tornó oscuro.

Delia empezó a caminar con pasos inciertos. Sus zapatos tropezaban con raíces que no veía, sus manos temblaban al rozar ramas desconocidas. No podía distinguir si lo que escuchaba eran animales o ecos de su imaginación. Fue entonces que lo sintió.

Una presencia.

Los ojos del lobo brillaban desde la penumbra. No eran ojos comunes, sino faroles encendidos por el hambre y la malicia. Su cuerpo, enorme y delgado, emergía entre los arbustos sin hacer ruido, como una sombra viva.

Delia retrocedió instintivamente, su aliento se cortó. El lobo no rugía, no ladraba, sólo observaba. Eso era peor. Sentirse mirada por una criatura que no mostraba miedo ni apuro.

Entonces, él dio un paso.

Amenazada, comenzó a correr.

El bosque se desdibujaba frente a sus ojos. Las ramas le arañaban el rostro, el suelo era un campo de obstáculos invisibles. Corría con todo el miedo que un cuerpo pequeño podía sostener. Pero el lobo no parecía apresurarse; avanzaba con paciencia, como si disfrutara del juego.

Un mal paso. Un tropezón brutal. Delia cayó de rodillas y se arrastró por el suelo antes de detenerse en el barro. Se hizo un silencio abrupto. Ya no escuchaba pasos tras ella. Ni gruñidos. Ni el viento.

Y comenzó a llorar.

Su llanto era más que miedo: era la soledad de no saber si alguien la buscaba, la certeza de que nadie podía escucharla. Pero entonces, como un milagro entre lágrimas, escuchó una voz.

—¿Hola? ¿Quién está ahí?

Era otro niño, o eso parecía. Una voz joven, un tono humano, una chispa de esperanza. Delia se levantó como pudo y se encaminó hacia la dirección del sonido, aunque la oscuridad lo devoraba todo. Sus pies chapoteaban en el barro húmedo. Estaba cerca. Lo sentía.

Pero entonces escuchó un rugido.

Un rugido desgarrador, salvaje, inhumano.

La voz del niño cesó abruptamente.

Delia corrió desesperada y lo encontró... pero era tarde. En el claro, bajo la tenue luz de la luna, el lobo se erguía sobre el cuerpo del infante. No era una imagen de cuento: era cruda, cruel, definitiva.

El lobo la miró de nuevo.

No esperó más. Corrió sin dirección, sin aliento, sin pensar. Sólo sabía que debía alejarse. Y entonces, como una aparición en medio de la nada, vio una estructura: una cabaña abandonada, cubierta de musgo y olvido.

Se abalanzó hacia ella. Abrió la puerta con violencia y se encerró.

Dentro, la oscuridad no era menos aterradora, pero al menos era un refugio. Buscó con las manos temblorosas algo que pudiera servirle: un cuchillo, una linterna, cualquier cosa. Pero sólo encontró papeles viejos, húmedos... y cerillos.

Y entonces lo comprendió.

Era su única salida.

Buscó una rama fuera de la cabaña. El bosque parecía contener la respiración. Tomó una, la envolvió con papel. Las cerillas temblaban en sus dedos. Intentó encender una, se apagó. Otra, también. El miedo le robaba la precisión.

Entonces escuchó pasos.

El lobo, a lo lejos, caminaba con lentitud. Sabía que ella estaba ahí. No tenía prisa. Disfrutaba del momento. La tensión crecía como el humo de una llama que no terminaba de nacer.

Delia le metió más carrilla al asunto. Rompió más papel, sopló con fuerza, frotó la cerilla con tanta furia que le raspó el dedo. Finalmente, una chispa. Una llama pequeña, viva, temblorosa como su corazón.

La antorcha encendió.

El lobo estaba cerca. Muy cerca. A unos pasos.

Delia lo miró a los ojos y alzó la antorcha. Gritó. No un grito de terror, sino de rabia, de vida. La criatura dudó. Dio un paso atrás. Pero era tarde.

Las llamas lo tocaron.

El lobo aulló. Un sonido que estremeció a todo el bosque. Su pelaje ardía, y en su desesperación, corrió en círculos, derribando ramas, tocando árboles con fuego. El bosque, seco por los días sin lluvia, tomó la chispa como una invitación.

Todo comenzó a arder.

El cielo se tiñó de rojo. Las ramas crujían, las hojas estallaban como papel. Delia intentó correr. Su cuerpo estaba agotado, pero su instinto era más fuerte. El fuego la perseguía como lo hizo el lobo. Ahora no había lobo. No había nadie. Sólo ella... y el fuego.

Tosía. Gritaba. Corría.

La cabaña colapsó detrás de ella. La salida se volvió humo.

Y entonces... no pudo más.

El calor la envolvió. No el de la antorcha, no el de un hogar. El calor del final. Sus piernas fallaron. Cayó una vez más. Vio el cielo por última vez, entre ramas ardientes y cenizas. El aire era irrespirable. Sus ojos se cerraban.

El bosque rugía con las llamas del castigo. Y Delia, pequeña y valiente, fue absorbida por ellas.